

Humano demasiado humano

Soy perro,
la tos me lo anunció siempre
y la mirada
y la forma de amar así,
incondicionalmente,
con el corazón en la mano.
No importa el dolor.

La manera de aullar bajo la luna,
eso es de lobo, dicen,
jamás entendí por qué,
entonces, amo a los felinos.
Tal vez, la fascinación
por sus ojos.

Quizás, yo fui
un gato egipcio,
de esos que protegen
los portales
del misterio de la noche.

Tal vez, me vi al espejo
y supe
que un perro puede más

con mi corazón,
que una lagartija.

Los animales y yo
ahora estamos
en una misma sincronía,
entonces es fácil
sentirme hermana
hasta de una cucaracha
y pedirle perdón
antes de bajarle
el peso de mi mano.

Hélices

mañanas de puro sol
y un azul rugido.
los árboles son uñas verdes,
la esperanza silenciosa
de un ciclo que no sabe detenerse,
como el viento,
susurrante,
—y todavía frío
todavía frío—,
que sacude las almas
de los primeros llegados,
de los intrusos y de los advenedizos.

las alas caen,
secas,
en el lecho de la calle empedrada
—todavía hace frío—.
quiero retener la memoria,
la sensación en mi alma
que gusta de las cuevas nocturnas
casi como un disparo,
como un cristal perpetuo
o un rubí.

Trampa

Y para cocinar un jabalí

tomarlo de su cola,

no basta

arrastrarlo por la arena,

no alcanza

coserle los colmillos,

no sirve

Hay que tener abierto

el ojo de vidrio morado

Saber quién tiene

el fuego escondido,

cuánto vale un pedazo nocturno

en el lecho de piedra.

Al río hay

que tirar las monedas

y dejar las letras de todas las pirañas

- viajan los peces de cristal e hilo

las fauces se abren y arrastran

treinta veces más ganas

que un último verso.

Esto

no se parece en nada a la libertad

es apenas un guiño,

un esbozo de la idea,

pero funciona:

me he transformado

en un túnel de anfibios.

Cinco lunas

era de noche profunda,
venía de recorrer un largo camino,
de haber trabajado mucho.
estábamos mis hermanos
y yo, traía en mí
la sabiduría silenciosa de los apagados

(de los que vieron correr el tiempo,
de los que entendieron,
pero olvidaron)

el mundo es un lugar gris,
¿sabés?
hay que aceptarlo.

llegaba aliviada
y pesada como un yunque
a un refugio,
a una terraza,
y buscaba la luna,

(brillante y hermosa,
como siempre aparece en mis sueños),

pero no era una,
eran cinco lunas,
todas las mismas,
con distintas caras,
y me puse unos gruesos lentes
para ver, en detalle,
la transparencia de sus formas
y su luz.

me quedé horas en esa oscuridad,
tomada por las cinco lunas.
abracé, con mis lágrimas,
la noche y la palabra,
me tomé las rodillas
y esperé

¿qué estás esperando?,
me dijo una de las lunas

(recuerdo,
ahora, despierta,
de cara a la página
a la luna que crece
en mi cabeza
y en mi sangre)

que me lleves, dije,

como a un felino

o a un lobo.

¿qué estás esperando?

que sea de color azul.

Fiesta

los meses pares

se disfrutaban al aire libre,

embebidos de luz ,

un líquido u otro.

es el azar,

el mismo y viejo amigo,

te saluda,

te espera,

te dice: no has cambiado nada.

y para vos el tiempo

no ha dejado de escribir su marca

y aun así

no podés detener el baile,

el ritmo,

un recuerdo de noche

en el efímero rodar de las horas.

¿y si todo se termina,

y si alguien apaga las luces del cielo?

seguiremos

bailando en la oscuridad.

febrero es verde,
el tope máximo de las hojas,
la furia de las tormentas
y después viene

la caída.

el verano, cuando se despide,
puede ser gentil
y estirarse
en las nubes grises
para que el cuerpo
se acostumbre a llevar silencio.

los higos en la planta
donde cantan las aves,
el fantasma de mi abuelo
subido a la escalera
come un fruto maduro:
“es una miel”, dice.

mi gata espera
el momento
pero todas las aves
saben más
que ella:

nadie le teme

a los leones en los jardines.

Ciudad de luz

el verano sabe ser demasiado

y lo acepto.

no voy a renegar

de su luz

ni del vaho

ni del calor insoportable

pegado al cuerpo

porque eso sería

olvidarme

de las ganas de caminar

cuando es de noche.

bajo del colectivo

y no quiero quemar

más aire

pienso en los que no tienen

otro aire

pienso en los que tienen

ese aire falso

y helado

y ya no quiero

ser parte

de una contra natura.

acepto
que el aire
es el que dejamos
y que caminar
no hace daño
sobre todo
a quien comienza
a despedirse
de una ciudad
que ha comprendido
por la fuerza.

nunca me voy,
pero la distancia
es necesaria
para lanzarme a la vida simple
que añoran mis tenazas.

camino,
veo pasar las marquesinas,
que ahora se apagan,
los hombres de gorra
buscan
en los grandes tachos
el olor a basura
de las esquinas olvidadas.

paso por una plaza,
con rejas y sin luces.
oigo
las voces
de quienes tomaron
ese espacio
como propio
para que nunca fuera ajeno.

el vecino es feliz
en su jungla de montañas grises,
en las bocas abiertas,
con las luces de los balcones,
en las bocas cerradas
el vecino conoce
el camino
y baja
y se ríe.

los árboles
y sus chicharras,
el aleteo de los murciélagos,
los autos que pasan,
como zumbidos por las avenidas,
las luces naranjas

sincronizadas de los semáforos.

me detengo,

respiro,

veo pasar

una hoja seca,

la más seca del verano,

e intuyo,

que inevitablemente,

llegará el otoño

y yo estaré lejos,

pero

nunca lejos.

veo a la luna asomarse

entre los galpones

de un tren

pensado por los ingleses

para el abandono.

oigo el rumor de un taxi

sobre los adoquines,

toco uno de ellos

y cierro los ojos.

está caliente y sucio.

no puedo poner en palabras

todo el tiempo
que detiene.

abro los ojos,
veo crecer la hierba
a sus lados
la vida se abre paso.
nada podemos hacer
para frenarla.

sigo caminando,
nadie me conoce
en este barrio
nadie sabe mi nombre,
pero no hay que temer
porque eso basta
para que el peligro
desaparezca.

abro la puerta
y, en el pasillo, se huele
todavía
la comida casera.
subo,
el ascensor tiembla
cuando lo cierro.

entro en mi casa
y siento el abandono
de los que están solos
y comienzo a preguntarme
por todo eso
que dicen que alguna vez vendrá.

abro mis ventanas
porque hay viento
y siempre hay que agradecer,
en la ciudad, el viento.
veo la luna,
de costado,
como sosteniendo en el aire
el hilo de mi existencia.

me acuesto desnuda en la cama,
la cabeza en los pies
para sentir su luz.
voy a dormir mejor
esta noche.

pienso
y me pregunto
qué lado de la luna
ve la otra ciudad.

quién seguirá despierto
mientras todos duermen.

imagino a un gigante azul,
a un pastor
de árboles y de sonidos
que sabe ocultarse
en las avenidas.

sueño que estoy
en una de sus palmas,
que es un bote fresco
y oscuro,
y me duermo.

ninguna tormenta
me hará callar.

no podrán detenerme
las mareas
ni los tifones
ni el viento blanco.

miraré los destellos
del mundo cuando se derrumbe
las auroras boreales cuando anuncien
el fin
y no callaré.

el universo vibra
en mí
con cada palabra.

hay una luz que nunca se apaga
el fuego
grita
un nombre que atraviesa
cualquier olvido.

todo lo que no pueda decir
será música.